

## Decires de artificio

### *El soneto en Colombia*

JAIME JARAMILLO ESCOBAR  
(compilación)

Universidad Eafit, Medellín, 2016, 245 pp.

*REM TENE, verba sequentur* (“domina el tema, y las palabras vendrán”), sentenció hace siglos Catón el Viejo. La recomendación del censor romano funciona bien para el pensamiento y la prosa, pero no así para la poesía, donde sucede lo contrario, como ingeniosamente lo planteó Umberto Eco al invertir los términos de la máxima latina: *Verba tene, res sequentur* (“domina las palabras, y el tema vendrá”). Y, en efecto, palabras más, palabras menos, la poesía es el arte de dominar palabras; los temas, en cambio, como dice Jaime Jaramillo Escobar en el prólogo a esta antología de 202 sonetos colombianos, los conocemos de antemano: “[...] el amor, el sentimiento afectivo y la introspección filosófica” (p. 3).

El recorrido de esta antología empieza a mediados del siglo XVII, con un poeta de ocasión, religioso por más señas: un tal fray Luis de Jodar y San Martín. No era inusual en las congregaciones que sus miembros le robaran ciertas horas a la devoción para consumirlas en la composición de ejercicios poéticos. Aun cuando pocas veces salieran versos memorables de estos tanteos literarios, hay algo sin duda entrañable en el rebusque léxico, en el hecho de forzar la sintaxis hasta descoyuntarla y en el gusto por sembrar los poemas de referencias recónditas sin ninguna relación con el tema. Un cuarteto de fray Luis (el criollo), incluido en esta antología, glosa bien lo anterior: “Como Amphion erijes bella pira / con manos excelentes de jacinto / al llagado cherub, que en sangre tinto / en brazos de su amante dulce espira” (p. 9).

No todo es osadía gongorina en las muestras de nuestro barroco seleccionadas por Jaramillo Escobar. En el siglo XVII, Hernando Domínguez Camargo, con socarronería profana, ya puede decir en la primera línea de un soneto que la iglesia de Guatavita tiene “talle de mezquita” (p. 11) y en otro poema mudar la voz para decir con gravedad:

“[...] y habrás, de humano, dudas admitido” (p. 10), con un hipérbaton de gran sutileza. Puede, como Quevedo, cambiar de registro, de lo jocoso a lo serio, de lo pintoresco a lo terso, sin perder el dominio de la maestría poética. Además de la versatilidad de Domínguez Camargo, de esta época puede apenas rescatarse el feliz hallazgo de Pedro Solís de Valenzuela en el verso “no hay en la libertad segura suerte” (p. 12), donde trueca con acierto la posición usual del adjetivo “segura” cuando acompaña a “suerte” y le da un matiz más abstracto a “libertad” al agregarle el artículo.

Del largo y afrancesado siglo XIX, el compilador decidió excluir de la antología nombres hartos conocidos como el de José Asunción Silva, de cuya autoría solo figura el soneto “Paisaje tropical”. La decisión es acertada, porque le abre espacio a poetas de menor celebridad, como Ismael Enrique Arciniegas, quien tiene un simpático cuadro costumbrista de un día de mercado en la colonial Santa Fe, escrito a la manera de apuntes de libreta sueltos: “La siesta. Se oye el agua por el caño. Modorra” (p. 32). El santandereano Arciniegas también sabe sacarles brillo a temas de mayor hondura lírica; muestra de ello es el primer verso de su nocturno “Nox” —“Eres lo que se sueña y no se alcanza” (p. 37)—, donde lo inasible es simultáneamente la luna, la noche y el amor.

Melancólicos, nostálgicos y lóbregos, los poetas del XIX no tienen problema en abjurar de los símbolos entronizados. Rafael Pombo, en quien convivían el hábil versificador de rimas infantiles y el crítico mordaz de la venalidad bogotana, se despachaba contra el comercio de ruindad en que había degenerado la política colombiana tras los tiempos gloriosos de los próceres. Frente a la estatua de Bolívar realizada por el italiano Tenerani, Pombo le reclama, no se sabe si con indulgencia o reproche: “¿Qué hallas en esta universal merienda / de tu ideal de lucha y de victoria?”. El último endecasílabo del soneto, diagnóstico demoledor de los coterráneos de entonces y de ahora, nos señala como vástagos indignos de la estatura moral de nuestro Libertador: “[...] padre tan grande de hijos tan pequeños” (p. 26). Los otros sonetos de Pombo se engolosinan con

fórmulas retóricas algo huecas y sin sustancia, como el díptico “Sueños”, donde explota el recurso de la repetición en un intento por imitar el conceptismo de Calderón de la Barca: “Soñando estar de su soñar desnuda / sueñase que ha soñado mi conciencia / cuando de sueño solamente muda” (p. 23).

De la señorial Popayán, los versos de “helénica armonía” de don Guillermo Valencia hablan de Moisés, Homero, el Quijote y Erasmo de Róterdam. El soneto dedicado al autor del *Elogio de la locura*, como anticipa Jaramillo Escobar en el prólogo, es uno de esos casos en que el poeta se escapa de las convenciones habituales del género para obsequiarnos una “joya de variedad temática” (p. 3). Toda la escena recreada por el poema es la de un encuentro con el retrato de Erasmo pintado por el alemán Hans Holbein. Sorprende la hondura de la mirada de Valencia, capaz de descubrir en los detalles del cuadro la contradicción *dialéctica* (con el escozor que produce usar esta palabra) del pensador flamenco. Como buen aristócrata caucano, fiado de su hidalguía, le habla con familiaridad a don Quijote, lo llama por el nombre de pila y lo trata de pariente: “[...] mi adorado pariente [...] / [...] esa amarilla / tez y ese rostro de travieso alarde / son los tuyos, Alonso” (p. 61). Para la sensibilidad contemporánea, Valencia tal vez guarde cierto aspecto de reliquia embalsamada por la oficialidad, pero no por ello deja de ocupar un lugar meritorio entre los mejores cultores de exquisiteces idiomáticas de nuestro canon lírico.

También del XIX es el misantrópico Julio Flórez, poeta nacido en el pueblo conservador de Chiquinquirá en 1867, y tal vez el sonetista de mayor vuelo que figura en esta antología. Menos engolosinado que Pombo, menos dado al perfeccionamiento estilístico que Valencia, el boyacense encuentra ese equilibrio entre transparencia y artificio propio de las mejores composiciones del género. El acento de Flórez no es de cultismo metafísico, sino de cierto desencanto popular adquirido en la peregrinación por veredas de ceño adusto. Clama el poeta frente a la tardanza de todo cuanto se espera: “Todo puede llegar, pero se advierte / que todo llega tarde: la bonanza /

después de la tragedia; la alabanza / cuando está ya la inspiración inerte”. Y concluye: “Todo nos llega tarde, hasta la muerte” (p. 41).

La misantropía de Flórez no tiene problema en cuestionar si acaso reproducirse no será una falta ética mayor que el homicidio: “¿Quién es más criminal (que Dios decida): / aquel que, ciego y loco, da la muerte / o aquel que impuro y cuerdo, da la vida?” (p. 46). El pesimismo del poeta no agota el surtidor de ternura ni le impide comoverse frente a la figura de la madre, para quien reserva unos versos hermosos por cuanto cifran la ambivalencia del sentimiento inspirado por quien engendra el peor mal —la vida— a la vez que procura el único consuelo cierto para apaciguarlo: “[...] la adoro sin medida, / con un amor como ninguno grande, / grande a pesar de que me dio la vida” (p. 43).

La otra gran voz de esta antología es la José Eustasio Rivera. En 1921, el autor de *La vorágine* reunió bajo el título de *Tierra de promisión* un grupo de 55 sonetos. En una nota al pie, el antologista nos advierte que hubiese deseado incluir todo el libro de Rivera, pero limitaciones de espacio lo obligaron a seleccionar una pequeña muestra de ese “conjunto magistral” (p. 112). Trasunto del estruendo y de las notas silentes de la selva, la orquestación lírica de Rivera escamotea el tradicional endecasílabo del soneto para amplificarse mejor en la largura de los versos alejandrinos: “[...] en el monte hay cocuyos, y mi balsa que riela / va borrando luceros sobre el agua estelar” (p. 104).

Más allá de la delicada arquitectura métrica, heredera de la sensibilidad modernista, Rivera conserva la vieja costumbre de dejarse tentar por el asombro. Esta vocación le permite descubrirnos una nueva zoología basada en el aumento del detalle y lo inesperado del símil, donde el tigre es “manchas de oro, vivaces entre manchas de luto” (p. 108); la pantera, el “ágil relámpago de una piel” (p. 105), y la manada de caballos, “huracanes de crin revuelta” (p. 112). Lejos, en últimas, de ese país de poesía doblemente encumbrada por la geografía andina y la veneración por los modelos foráneos, Rivera, aunque no cuelgue del todo las botas de colono,

encuentra sus motivos poéticos en las selvas inexpugnables y las llanuras anchurosas de esa otra mitad de Colombia.

Detrás de los poetas mencionados —y de todos los demás incluidos en la antología— están la sensibilidad y el ojo certero de otro poeta: Jaime Jaramillo Escobar. Siempre heterodoxo, Jaramillo no se ciñe a los dictados de la tradición, pero tampoco vacila en incluir un nombre canónico si lo juzga necesario. Tras terminar el recorrido por la historia multiseccular del soneto, el antologista, consciente del carácter arbitrario de toda antología, decidió dejar en blanco las últimas páginas del libro para que sea cada lector quien termine de completar la selección con los sonetos de su preferencia, una muestra de la generosidad siempre genial del poeta antioqueño.

**Jerónimo Uribe Correa**